

Racismo recurrente

Lucas Garve

Fundación por la Libertad de Expresión

La Habana, Cuba

Hace unas noches, al regresar a mi casa en ómnibus, me entretuve en contar cuántos negros y mestizos viajaban en el vehículo para llegar a su destino bajo la lluvia. No incluí al chofer ni al cobrador de pasaje y el resultado fue noventa y cinco por ciento. Me pregunté por qué los datos demográficos ofrecidos por las autoridades estiman la población blanca como mayoritaria en Cuba.

También en estos días leí un trabajo titulado “Los negros en Cuba”, publicado en la página electrónica *CUBANET*. Una joven negra habanera se lamentaba de ser víctima del racismo que aún se resiste a ser eliminado. Ella es recién graduada de Derecho y vive en un barrio económicamente precario, al sur de un suburbio habanero.¹

La autora refleja los sufrimientos personales que le ha ocasionado el tener la piel negra. Parte de un concepto racista a la inversa, pues en su autorrepresentación racial predominan las evaluaciones negativas. Llega a confesar el deseo de un cambio de imagen y su preferencia por el fenotipo blanco, en medio de la complejidad de su autoevaluación física.

Las últimas investigaciones sobre el genoma humano arrojaron que no hay diferencias genéticas entre un hombre o mujer originario de África y sus semejantes europeos. Usted podrá estar de acuerdo conmigo en que la inferioridad del negro es una idea

difundida por los europeos durante el siglo XIX, por causa de la tendencia a clasificar todos los seres de la Naturaleza y como justificación de la esclavitud de africanos, empleados como fuerza de trabajo en el sistema de plantación.

La victimización de la autora del trabajo es también producto de un racismo recurrente. Divisiones falseadas de la humanidad fueron trasladadas a la América Latina colonial, donde el racismo anti-indio y anti-negro constituyeron pilares ideológicos fundamentales del coloniaje y la principal razón para sostener el concepto de no-persona como base de las representaciones raciales, así como para mantener como esclavos a millones de africanos y aborígenes.

En Cuba la esclavitud fue abolida hace poco más de un siglo y aún proliferan lógicas discursivas propias de esta herencia estructural. Incluso en la autorrepresentación de muchos negros sobrevive la evaluación negativa, constatable en la autoestima afectada, el estigma del color de la piel, el pelo duro, los labios gruesos, la nariz ancha y la piel grasa.

La etiqueta de imposibilidad de salir de la precariedad económica por causa del color de la piel es otra consecuencia de la sobrevaloración errónea en la lógica discursiva de amplios grupos de negros y mestizos. Esta idea emana de las desigualdades sociales, acentuadas durante el período de crisis de los años 90, y se refleja en el consabido texto de



“Camello”. Medio de transporte urbano

la joven, de escasos veintitantos años y con desarrollo existencial circunscrito a un barrio geográfica y económicamente marginal.

Escuchamos en boca de negros y mestizos un discurso de auto-flagelación y fatalidad, que no es más que la justificación de sus propias incertidumbres y de su falta de esfuerzo por alcanzar evaluación positiva. Carecen de planeamiento de su futuro para imponer su individualidad y su diferencia — si acaso existe dentro de su comunidad—, y se aferran a patrones de conducta a menudo asociales, como consecuencia de una búsqueda equivocada de autenticidad.

La falta de sistematicidad de los estudios para conocer las reales causas de relegación o marginalización social acentúa la carencia de voluntad propia para salir del círculo vicioso de la marginalidad. Les resulta difícil apropiarse de un mundo quizás diferente, pero

que ampliaría sus capacidades intelectuales y materiales.

Una de las causas, por lo menos en Cuba, de esta situación de auto devaluación propia reside en que el espacio de valoración del papel de los negros en la «historia» o en el «relato nacional» se diluyó de forma tal, en aras de un nacionalismo monocromo, que se han minimizado los aportes de los negros a los campos donde su participación es innegable. Pero, ¿acaso se ha difundido, estudiado, analizado concienzudamente el papel desempeñado por personalidades negras y mestizas que enorgullecerían a cualquiera, y por la prensa negra a finales del siglo XIX y comienzos del XX? ¿Se ha dado el valor justo en la historia de la nación al papel de las asociaciones de negros y mestizos desde el siglo XIX hasta su disolución en los años 60 del siglo pasado?

La respuesta es negativa, por el momento. Sólo se toca el caso de los Maceo y el paradigma de Juan Gualberto Gómez, como grandes patriotas. Nada más. ¿Cuántos generales, brigadieres y coroneles negros y mestizos hubo en las filas mambisas? Ellos bien contribuirían a levantar el «orgullo de ser negro en Cuba», pero hasta la historia nacional ha sido blanqueada por años y años. ¿Con qué fin?

Los negros y mestizos en Cuba no perciben hoy desprecio, indiferencia u odio, como pretende la autora del artículo precitado. Si bien hay que reconocer cierta reticencia a eliminar las desigualdades raciales que aún persisten, vale aclarar que estas se hicieron cada vez más visibles a partir de los años 90, como resultado de tornarse funcionales formas de racismo que se habían mantenido rezagadas en las mentes de algunos, pero nunca alcanzaron categoría de tendencia social.

A diferencia de lo anterior hay creciente interracialidad en las relaciones interpersonales, que puede observarse sobre todo en los matrimonios y las amistades. El incremento de adeptos a las religiones sincréticas contribuye también a revalorizar la herencia africana a nivel personal y familiar. Cada vez más se puede constatar la cantidad de personas, muchas de ellas jóvenes, que usan collares y manillas de cuentas para identificarse con deidades del panteón africano.

Aunque se reconoce el peso de las culturas yoruba, bantú y arará en el proceso de sincretismo, los elementos interventores resultaron transculturados, mezclados, transformados en «lo cubano», que acaba siendo síntesis de todas las intervenciones étnicas.

De ahí que sea inapropiado llamar «afro descendientes» o «afrocubanos» a los cubanos negros o mestizos. Si operamos de esta forma, tendríamos que llamar hispano-des-

cendientes a los cubanos blancos. Y sería un error, porque ¿dónde está la limpieza de sangre de unos y otros? Hacer retroceder el mestizaje, tan imprescindible en el proceso de formación de la población cubana, sería un error en el camino de encontrarnos y situarnos como cubanos negros en medio de la valoración efectiva y real. Nuestro reconocimiento no necesita trajes de importación cortados a la medida de realidades que no fueron nuestras.

El racismo en los Estados Unidos no se asemeja a los ejemplos cubanos. En Cuba, las marcas de las diferencias pesaron sobre todo en lo económico, más que en lo racial. Además, el desarrollo social no se dio en espacios separados racialmente. El complejo nudo de contradicciones en las prácticas racistas sobrevivientes tiende a resolverse de cierta manera en la institucionalización de la educación y el reconocimiento de la autoevaluación positiva de las posibilidades individuales.

Los problemas críticos que afectan a la sociedad cubana no son de índole racial, sino política. Y tocan a blancos, negros y mestizos por igual. La necesidad de que se respeten los derechos individuales, en particular el derecho a elegir el propio destino sin imposiciones, es imperativo para encontrar las vías idóneas que conduzcan al mejoramiento material y espiritual. Además de constituir, posiblemente, una de las vías para erradicar paulatinamente el racismo recurrente en nuestra sociedad.

Nota:

1. Véase el trabajo «Los Negros en Cuba» en esta edición de ISLAS.